

*El escritor entra
en liza aunque no
quiera. Entrevista
con Manuel
Lamana*

Raquel Macciuci

IdIHCS/Universidad Nacional de La Plata. Catedrática de Literatura Española (barroco y contemporánea) en la Universidad Nacional de La Plata. Ejerció como profesora visitante en la Universidad Nacional de la Patagonia Austral, donde realiza asesoramiento científico. Es miembro fundador del Centro de Teoría y Crítica Literaria, y creadora y codirectora de *Olvar, Revista de literatura y cultura españolas*. Desde 2008 coordina el sello Ediciones del lado de acá y preside la celebración trienal del *Congreso Internacional de Literatura y Cultura Españolas Contemporáneas*. Participa del comité asesor de diferentes publicaciones científicas y ha publicado libros y numerosos artículos sobre temas de su especialidad: vanguardias, exilio republicano, narrativa española actual, literatura y prensa, literatura y otros medios. Actualmente dirige el proyecto “Diálogos transatlánticos. Estudio de las relaciones en el campo de la cultura y las letras entre Argentina y España”. Ha sido invitada del CSIC y de las universidades Complutense de Madrid, Valencia, Politécnica de Valencia, Salamanca, Bologna, Federal do Rio de Janeiro, Köln, Jena, Osnabrück y Wuppertal, entre otras. En 2013 obtuvo una Beca Erasmus Mundus (Staff Académico) para realizar una estancia de investigación en la Universidad de Jena.

Contacto: raquel.macciuci@speedy.com.ar

ACLARACIONES NECESARIAS

Manuel Lamana nació en Madrid en 1922 y murió en Buenos Aires en 1996, a donde había llegado huyendo de la dictadura franquista. No formó parte del conjunto más numeroso de exiliados que buscaron refugio en Argentina inmediatamente después del final de la guerra civil; pertenecía a una generación más joven y otro fue su derrotero.

Era un adolescente cuando cruzó los Pirineos con su familia después de la caída de Barcelona en enero de 1939; era un joven reclamado en Francia por el ejército de ocupación alemán cuando optó por regresar a España y entraba en la madurez cuando llegó en 1951 al puerto de Buenos Aires, después de una intensa experiencia de clandestinidad, cárcel y fuga, nuevamente hacia territorio francés.

Conocí a Manuel Lamana en el año 1984, cuando Argentina retomaba el camino democrático después de la bárbara dictadura que se extendió desde 1976 a 1983. Por mi parte, comenzaba una indagación sobre la presencia de los republicanos españoles en Argentina, tema que durante los años en que tuve que vivir obligadamente en España había comenzado a concitar mi interés por sus aspectos históricos, intelectuales y humanos. De alguna manera, el historial de un exilio, una dictadura y una transición anterior a la que vivimos los argentinos constituía una vía de indagaciones especular, que brindaba respuestas a las preguntas sobre nosotros mismos.

Discreto, observador penetrante y bien dispuesto a la charla, Manuel Lamana me brindó la oportunidad de internarme en su pasado y recuerdos de guerra y expatriación. Parte de sus vivencias se volcaron en esta entrevista que ha permanecido inédita hasta y que se presenta hoy sin modificaciones con el fin de rescatar, no sólo la memoria del itinerario del escritor sino el clima de época de la posdictadura argentina.

En el mismo año en que finalmente fue publicado *Diario a dos voces*, después de casi 30 años de haber sido escrito –y cuya deriva editorial merece

un capítulo aparte— el relato y las evocaciones que aquí se recogen ofrecen valiosas apostillas para conocer mejor, no sólo el libro que acaba de ver la luz, sino también sus dos novelas anteriores, *Otros hombres* y *Los inocentes*.

LA GUERRA, LA HUIDA, EL REGRESO, LA CÁRCEL

Raquel .Macciuci: ¿Cuáles son sus primeros recuerdos de la guerra? ¿Por qué su familia se encuentra del lado republicano?

Manuel Lamana: Mi abuelo paterno, al que yo no conocí fue diputado, de un partido que hoy llamaríamos muy conservador, y en aquel tiempo era casi la extrema izquierda del Parlamento. Y mi padre se formó, lógicamente, en la casa de mi abuelo y bueno, hereda de él esa pasión política, y mi padre fue también candidato a diputado, en fin, gobernador en algún momento, cosas así. Y perteneció al partido que primero se llamó Acción Republicana y después Izquierda Republicana, el partido de Azaña, el que fue presidente de la República Española. Y ahí me crié yo, en ese ambiente paterno, político. Profesionalmente mi padre en sus primeros años fue militar, estudió en Toledo como oficial de Infantería, después cuando era capitán se retiró. Hizo la guerra en Marruecos. Después se hizo abogado y no ejerció como abogado de juicios sino en distintas instituciones y fundamentalmente, en la Compañía Arrendataria de Fósforos, que era un poco su vida profesional.

R.M.: ¿Cómo afectó su vida el comienzo de la guerra?

M.L.: Por su trabajo en la Compañía Arrendataria de Fósforos, mi padre era funcionario de la Segunda República. Yo tenía catorce años en 1936 y seguí los movimientos de mi padre según lo iba obligando el desarrollo del conflicto. De Madrid, donde nació, pasamos a Valencia, luego a Barcelona y por último, a Francia.

R.M.: ¿Tuvo que combatir?

M.L.: No, por mi edad no me tocó combatir; formé parte de una brigada de jóvenes que colaborábamos con las tareas después de los bombardeos, en ocasiones tuve que levantar cadáveres.

R.M.: En Francia permanece hasta 1941, año en que regresa a España. ¿Creía entonces en la posibilidad de luchar contra el régimen de Franco?

M.L.: Cuando yo regresé a España en 1941, mi idea primera era escaparme de los alemanes, una idea muy concreta.

R.M.: ¿Usted huye o lo “devuelven” de un campo de concentración francés?

M.L.: En Francia estuve en un campo de concentración. Salí de allí y estuve trabajando como peón de las viñas más de dos años. Cuando los alemanes invadieron Francia recibí una convocatoria para presentarme en la jurisdicción militar a la que pertenecía, en Carcasona, para ir a trabajar en unas brigadas de trabajadores apátridas, como éramos. El destino era la industria pesada alemana, en la frontera, en Normandía. La mayor parte no volvieron, claro. Yo no quise entrar en esa actividad y me volví a España. A poco de regresar comencé a hablar con unos amigos para formar una federación clandestina; por otro lado, otros grupos ya habían formado la FUE (Federación Universitaria Española) con los que acabamos por juntarnos más adelante.

R.M.: De esa época son sus recuerdos de Ortega y Gasset. En su libro *Literatura de posguerra*, en el capítulo dedicado a la circunstancia orteguiana, menciona la desilusión que les causó el regreso de Ortega a España en 1945, así como su famosa conferencia en el Ateneo ¿Cuál fue la causa de esa decepción?

M.L.: Lo que más nos dolió fue la vuelta de Ortega, empezando por ahí. Eso fue lo primero de todo, y luego, que hablara como si en España no hubiera pasado nada y que se erigiera en la gran voz que podía ventilar las cosas de España, cuando con Franco nadie ventilaba nada.

R.M.: ¿No habló del régimen de Franco?

M.L.: Los que hablamos fuimos nosotros. Pusimos una caja con pasquines que hicimos estallar en el acto en que hablaba Ortega, los mismos que poco tiempo antes habíamos dedicado el primer número de nuestro boletín clandestino a elogiar precisamente a Ortega.

R.M.: ¿Qué representaba Ortega para ustedes, estudiantes decididos a luchar contra la dictadura a pesar del contexto tan adverso?

M.L.: Ortega era una figura muy representativa, primero, por su capacidad intelectual y su producción literaria. Él, como Unamuno, con posiciones distintas, eran las dos grandes figuras pensantes españolas reconocidas universalmente, pero además, porque era una figura política también. Había sido diputado en Cortes. Los intelectuales en España tienen una costumbre —para mí, en regla muy general, no muy acertada—, la de querer hacer política al mismo tiempo. Una cosa es ser intelectual, y otra es ser político; son cosas muy distintas, y, más que combinarlas, las mezclan. De cualquier manera, era una figura, no sólo en los medios universitarios e intelectuales, era una figura popular de España.

R.M.: Al año siguiente, en 1946, usted y otras personas son detenidas. La FUE, ¿tuvo continuidad después de estas redadas?

M.L.: La Federación tuvo continuidad, y gracias a esa continuidad yo me fugué después del Valle de los Caídos. Ellos arman, en cierta

forma, la fuga mía y de Nicolás Sánchez-Albornoz. Cayó un Comité y se formó otro, así seguía marchando la cosa. Cayó casi todo el Comité Nacional, parte del Comité de Madrid, y dos o tres militantes que no tenían cargos. Los que viven todavía –la mayor parte ha muerto, desgraciadamente–, son mis grandes amigos cuando vuelvo a Madrid.

R.M.: Su detención, ¿fue en la calle?

M.L.: No, fue en un departamento.

R.M.: ¿Se trató de un seguimiento?

M.L.: Sí, pareciera que sí porque nos detuvieron a muchos en la misma noche, a unos en Madrid y a otros en Barcelona; a Nicolás Sánchez-Albornoz lo detuvieron en Barcelona, pero a todos en la misma noche. Al día siguiente detuvieron a dos o tres más.

R.M.: ¿Cómo eran las cárceles franquistas? ¿Ustedes estaban dedicados de lleno a la construcción del Valle de los Caídos?

M.L.: En mi novela *Otros hombres* describo esa situación. Primero nos mandaron a la Puerta del Sol (Dirección General de Seguridad), allí fueron los interrogatorios policiales, nos tuvieron varios días incomunicados. Estábamos en una celda individual, dormíamos tirados en el suelo, no había colchonetas ni nada, y, además... estábamos en ese lugar. Comíamos el rancho, sin cuchara ni nada... era muy desagradable... muy terrible. Ahora digo desagradable porque hay muchos años de por medio.

De ahí nos trasladaron a Alcalá de Henares; había dos cárceles, en una estábamos todos los presos políticos. Cuando nos fueron a juzgar nos trasladaron a Carabanchel.

R.M.:¿Cómo fue el juicio?

M.L.: El Juicio fue en el Regimiento de Infantería N° 1, en la Moncloa, donde yo había sido soldado; nos llevó la Guardia Civil. El juicio se basó en el Poder de Instrucción del Sumario, más en el Poder Judicial, más en el Juez Instructor, que era un coronel. Se suponía que el abogado defensor nos visitaría, que iba a hacer la defensa... nos vio una sola vez.

R.M.:¿Era un abogado de oficio?

M.L.: No, lo buscaron entre nuestras familias. Eligieron un coronel, era quien tenía que defendernos, pero ese coronel nos despreció olímpicamente. A mí me vio unos minutos nada más, hizo que firmáramos la declaración de la policía, y nada más. El día del juicio nos vino a buscar la policía, fuimos en un camión de la Guardia Civil, nos esposaron, como correspondía, y nos llevaron a mi Regimiento. Allí vi a un oficial que había sido superior mío y que me miró sorprendido. Nos introdujeron en la Sala de Banderas del Regimiento, donde se celebró el juicio. Había un poco de público, estaban los corresponsales extranjeros –periodistas de *Le Monde* y otros que no recuerdo bien. La sala era muy pequeña. Estaban esos corresponsales porque nuestro grupo había tenido una cierta resonancia; juicios había todos los días, pero para el nuestro vino toda esa gente. Estábamos en la sala y entró el Jurado, el Tribunal, generales y coroneles. La sucesión de las cosas no la recuerdo bien ahora, lo que recuerdo es que el fiscal nos llamó de todo, nos dijo de todo, y nosotros sentaditos, callados... Ahí estábamos sin esposas... Luego el defensor dijo que teniendo en cuenta las familias de las que proveníamos (republicanas), no podía esperarse que fuéramos por el buen camino; de alguna manera eso era un atenuante de nuestra desviación.

R.M.: ¿Fueron condenados a muchos años?

M.L.: No, ocho o diez, según los casos, gracias a la resonancia internacional de nuestro caso. Un compañero que fue juzgado aisladamente en Barcelona recibió treinta años, que los cumplió. Estudió abogacía en la cárcel.

R.M.: ¿Cómo era la vida en el Valle de los Caídos?

M.L.: El primer año estuvimos destinados a la construcción, el segundo ya trajeron personal contratado para eso. Vivíamos en barracones. Los domingos podían visitarnos nuestros familiares.

R.M.: Y en 1949, la fuga.

M.L.: Sí, huimos del Valle de los Caídos con la ayuda de Norman Mailer, de Paco Benet, hermano del escritor, y de una muchacha norteamericana, Bárbara Probst Salomon. Todo esto figura detalladamente en el libro de Daniel Sueiro, *La verdadera historia del Valle de los Caídos*. No fue fácil, imagínese que una vez afuera, nos quedaba llegar desde Madrid hasta la frontera y pasar a Francia. De allí sigo para Inglaterra, en donde permanezco dos años, hasta 1951.

EL EXILIO. OTRAS DICTADURAS

R.M.: Usted llegó a Argentina en 1951. El exilio español que arribó después de 1939 ya estaría organizado y en parte, con una nueva vida bastante encaminada ¿Cuál fue su impresión?

M.L.: La impresión fue de que el exilio estaba organizado y centrado un poco en el Centro Republicano Español, que entonces estaba en una situación, no diría floreciente, pero por lo menos en una situación bastante representativa. Pero yo nunca frecuenté los ambientes del exilio, como tal.

R.M.: Pero cuando a usted lo invitaban a dar una conferencia, ¿lo hacían a través de las relaciones entre exiliados, aunque no fueran institucionales?

M.L.: En el Centro Republicano Español había una Secretaría de Cultura, que un tiempo antes de ser Presidente del Gobierno en el exilio, estuvo a cargo de don Claudio Sánchez-Albornoz, y había una actividad cultural grande. En cuanto a mí, mi relación era a través de una conferencia anual. Era una relación cordial, yo no pertenecía al Centro.

R.M.: Su conexión, ¿era don Claudio?

M.L.: No, don Claudio, y poco a poco todos, porque todos acabábamos conociéndonos; yo creo que los españoles del exilio me conocían y yo los fui conociendo a ellos también. Es decir, yo no era un miembro del Centro pero iba de vez en cuando por allí. Había una actitud, no sólo del Centro, también la vi en París y, en menor medida, porque había pocos exiliados, en Londres –los dos lugares donde yo viví más tiempo– de que la verdad estaba en el exilio. Pero mi verdad estaba en el interior de España, yo estaba recién escapado de mi país, las posiciones eran muy distintas; yo no podía estar en esos ambientes.

R.M.: ¿Ambientes desconectados de lo que pasaba en España?

M.L.: Con una conexión muy particular, en una situación detenida en el tiempo, en el momento en que ellos se fueron, en el 39, y bueno, en España seguían pasando cosas. Esto sucede en todos los exilios, lo he visto en el exilio argentino también.

R.M.: ¿Usted tuvo oportunidad de comparar los dos exilios? ¿Qué conclusiones sacó?

M.L.: Y fatalmente. Además tengo dos hijos en el exilio; bueno, ahora vienen si quieren, como me pasa a mí, el exilio se terminó pero aquí sigo. La situación era un poco la misma: los exiliados argentinos, por lo que he visto –yo conocí los de Madrid, conocí los de México aunque nunca estuve en México–, tenían una actitud parecida, el tener ellos la verdad afuera, y a los de adentro, según el punto de vista de unos y otros, se los consideraba traidores porque no se habían ido, o que no tenían nada que hacer porque la verdad no estaba allí.

R.M.: El que volvía a España, ¿estaba mal visto?

M.L.: Sí, aunque no recuerdo en aquel tiempo gente que volviera, sólo casos individuales muy personales.

R.M.: La inserción en la vida cultural argentina ¿fue difícil? ¿Tuvieron que vencer muchas dificultades?

M.L.: No, fue facilísima. Los argentinos me han recibido siempre como si yo fuera argentino, como español no he tenido ningún problema. Argentina es –con los españoles por lo menos–, totalmente abierta. Yo venía para trabajar en la editorial Losada, enseguida entré como estudiante y en cuanto terminé entré como profesor; fue automático, pasaría un año entre las dos cosas.

R.M.: Usted estudió Letras en la Universidad de La Plata, ¿también Derecho?

M.L.: No, Derecho lo abandoné, estudié Letras nada más. Cuando terminé Letras enseguida me contrataron en la Universidad de Tucumán.

R.M.: ¿Cómo surge la editorial Losada?

M.L.: Por lo que yo sé, don Gonzalo Losada era el gerente de Es-

pasa Calpe en Argentina, enviado desde España. Espasa Calpe se declaró franquista, Losada era republicano, socialista exactamente, entonces decidió formar su propia editorial, y se rodeó de un grupo de intelectuales españoles y argentinos como nunca más ha habido en la editorial ni en la Argentina. Estaba Francisco Ayala, Francisco Romero, Amado Alonso, Lorenzo Luzuriaga —que era mi suegro entonces—, estaban los dos hermanos Jiménez de Asúa, Guillermo de Torre; tenía un equipo de una consistencia extraordinaria.

R.M.: ¿Y usted había tenido contacto en Londres con alguno de ellos?

M.L.: El contacto es con mi suegro. Yo me casé en Londres.

R.M.: ¿Tuvo conocimiento Gonzalo Losada de que con su editorial llenaba un hueco muy importante en la vida cultural española? En España buscaban ansiosamente los libros de Losada, única forma de leer a determinados autores, prohibidos por el franquismo. ¿La editorial se propuso llevar una política editorial en esa dirección?

M.L.: Mire, yo no sé, cuando llegué a la Argentina Losada ya estaba marchando desde hacía años. Creo que su intención era publicar libremente cuanto le pareciera bueno. El material pasaba por el tamiz de los asesores y luego por el segundo tamiz del Consejo de la Editorial, y por último Gonzalo Losada personalmente daba su opinión. Tenía una influencia muy grande, era una personalidad.

R.M.: ¿Qué tarea desempeñó usted?

M.L.: Al principio era corrector de estilo, es decir, trabajaba en la asesoría literaria, además tenía que hacer las solapas de los libros, cosas de esas, aparte de corregir algunas traducciones. Estaba en la traducción de pruebas, uno de los correctores era David Viñas. El

asesor literario era Guillermo de Torre, cuando él pasó a ser miembro del Consejo de la editorial a mí me nombraron en la asesoría; fui el asesor de Losada por unos cuantos años, hasta que me fui a Tucumán por contrato.

R.M.: ¿Cuántos años estuvo en Tucumán?

M.L.: En Tucumán estuve un año solo porque gané el concurso de Buenos Aires, mi contrato para la cátedra de Literatura Francesa era por dos años, pero renuncié al ganar el concurso.

R.M.: ¿En qué año comenzó a trabajar en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires?

M.L.: Ya no me acuerdo, tendría que mirar en el currículum.

R.M.: ¿Qué pasó en 1966?

M.L.: En 1966 renuncié, como la mayor parte de los profesores de la Facultad.

R.M.: ¿Era frecuente que los exiliados conservaran sus convicciones tan férreamente?

M.L.: Aparte de las convicciones políticas, que en mí siguen siendo las mismas desde hace muchos años, hay una cuestión ética. En la Universidad, a nuestro juicio, no había porqué seguir con un régimen como el que se había instalado en Argentina, y con el trato violento que se había dado a los universitarios de Buenos Aires en aquel momento. Aparte teníamos, obviamente, una intención política universitaria, en la que fallamos, desgraciadamente, pero de la que no me arrepiento para nada, aunque echó mi carrera al traste. Pero en la vida, si hay que dejar la situación personal de lado, hay que dejarla, lo he hecho varias veces, así que...

R.M.: Durante todos estos años su actividad se centró en la Alianza Francesa.

M.L.: Sí, doy clases en la Alianza y recientemente, en 1986, me reintegraron a la facultad, dicto un curso de Literatura Francesa de posgrado, para alumnos que hacen el doctorado.

POSGUERRA, LITERATURA Y CREACIÓN LITERARIA

R.M.: Además de sus novelas, de las que hablaremos luego, usted ha escrito varios trabajos de teoría literaria que tratan especialmente sobre escritores y obras de las últimas décadas, así como de la relación de éstos con el momento histórico. ¿Sigue vigente su idea del escritor comprometido, ansioso de entrar en liza, que desarrolla en su libro *Literatura de posguerra*?¹

M.L.: Ansioso no diría, lo que pasa es que el escritor entra en liza aunque no quiera, en ese sentido sigo con esta teoría: el escritor está en una situación dada y escribe lo que escribe se da a sí mismo y el sí mismo supone su entorno... como decirle, desde un punto de partida un poco existencialista si quiere. He cambiado mucho en las teorías literarias en cuanto a la consideración del texto, sucede que ha habido muchos autores que han dado ideas y por suerte los he leído: la crítica francesa moderna y la italiana –la francesa es la que yo he leído más—. En esto baso un poco mi trabajo de crítica ahora, pero sin olvidar la actitud sartreana, la posición de Sartre en cuanto al punto de partida del escritor.

¹ Lamana, Manuel. *Literatura de posguerra*. Buenos Aires: Nova, 1961

R.M.: Ese ser y estar del escritor en el mundo, ¿se manifiesta siempre, fatalmente, en el tema de la soledad?

M.L.: No, sea lo que sea, cada uno vive su vida, se vive a sí mismo, lo que no puede hacer un escritor es hablar de lo que no sea él mismo. De una manera o de otra siempre acaba hablando de sí mismo; es cuestión de escarbar un poco en la obra y encontrarlo, aparecerá su fantasía también, pero la fantasía es parte de él. Yo no puedo de ninguna manera sustituir al autor del texto, el autor viviendo en una circunstancia determinada, la que le ha tocado vivir: política, histórica, social... Es lo que estoy trabajando en la facultad desde hace dos años, en un seminario, y lo he verificado con autores existencialistas franceses, lo que era bastante fácil de encontrar, pero lo he hecho, por ejemplo, con poesía española, no sólo contemporánea, sino también con el *Poema del Cid*, con San Juan de la Cruz, y he encontrado exactamente lo mismo.

R.M.: Usted habla de dos generaciones en Francia, que se pueden extender a España: la que hizo la guerra y la que sufrió sus consecuencias, ¿hasta cuándo se prolonga cada una?

M.L.: Usted acaba de leer el libro hace muy poco y yo hace mucho que lo he leído... En Francia hay dos generaciones, casi contemporáneas, por un lado, la de la literatura que llamamos existencialista, así en general, y por otro, la de la literatura del absurdo, y contemporánea con ésta, la de la nueva novela, el “nouveau roman”.

R.M.: En cuanto a usted como novelista, en la agrupación que hace Eugenio de Nora de narradores españoles de posguerra, dice que puede incluirse entre los exiliados por su condición, pero por la edad pertenecería mejor a los que él llama “nueva oleada”...

M.L.: Claro, con Goytisolo², Martín Gaité, López Pacheco, García Hortelano. Y... sí, además son mis amigos personales.

R.M.: Usted siente más afinidad con ellos.

M.L.: Sí, pero según va pasando el tiempo, encuentro menos, porque nuestras experiencias van siendo muy distintas: ellos tienen todas las experiencias de España, yo todas las experiencias de Argentina. Aquí el exilio es una realidad, dentro de la vida intelectual, novelística, como la quiera llamar, pero por experiencias de juventud, por lo que la guerra ha podido representar para nosotros, evidentemente me encuentro próximo a los del segundo grupo. Y si vamos poniendo fechas de nacimiento, uno al lado del otro, debo de andar por el medio.

R.M.: Es indudable que la guerra está grabada en su obra. El exilio, ¿también influyó en su narrativa? Si hubiera escrito en España –aunque no hubiese podido publicar, desde luego–, ¿habrían sido muy distintas sus novelas?

M.L.: En España no podría haber escrito, desde luego, eso por empezar. Pero mire, yo creo que soy una persona con muy poca fantasía, lo que hago es una “tranche de vie”, como dicen los franceses, más o menos disimulada, más o menos novelada, me cuesta mucho trabajo dejar mi vida. Yo digo que cualquier escritor no hace más que dar su vida, pero yo no me imagino muchas variantes, ese es el lío. Ahora tengo una novela a medio hacer, completamente distinta a las anteriores, por un momento me escapo de los momentos dramáticos de mi vida, sitúo todo fuera de España, y con una técnica totalmente distinta también; sólo falta que la termine.

² No es posible reponer a cuál de los dos hermanos Goytisolo novelistas se refiere.

R.M.: ¿Le falta mucho?

M.L.: Me falta sentarme y ponerme, tener continuidad, puede ser que en el verano, o en el invierno, yo qué sé... no tengo un tiempo continuo. Hoy estamos charlando porque estoy de vacaciones, nada más, pero desde que estoy de vacaciones no he escrito ni una línea, sólo algunas cartas a la familia. Es cuestión de largarse, entrenarse, seguir y dedicarle unas horas todos los días, y yo no tengo ese tiempo, a pesar de todo, alguna vez la terminaré. Este año he enviado un libro a publicar, después de veinte años ya he terminado otro.

R.M.: ¿Se puede saber el título? ¿Tiene editor?

M.L.: Se titula *Diario a dos voces* y posiblemente lo edite Plaza & Janés.

R.M.: ¿Está de acuerdo con las semejanzas que encuentra Eugenio de Nora entre la concepción de la vida de Malraux y la suya?

M.L.: ¿Nos encuentra semejantes Nora? Yo hace mucho que lo he leído.

R.M.: En el sentido de que Malraux busca que de casos particulares se pueda extraer conclusiones universales.

M.L.: Bueno, si yo lo he conseguido, me alegro mucho, pero mi intención ha sido escribir lo que tenía dentro, nada más, y si llego a algo así, si por lo menos Eugenio de Nora lo encontró, me alegro muchísimo. No me acordaba de que decía eso. Es un viejo amigo de la época estudiantil de Madrid. Ahora hace muchísimo que no nos vemos, veinte años puede ser. Fuimos jurado al mismo tiempo en el premio de Ruedo Ibérico, ganó entonces Hernando López Salinas.

R.M.: ¿Dónde se realizó?

M.L.: En Francia, muy cerca de Colliure, donde está enterrado Machado y del camino que hicimos cuando escapamos del Valle de los Caídos. Eugenio estaba en el jurado de poesía y yo en el de novela. Nos volvimos a ver después de muchísimo tiempo y no nos hemos vuelto a ver más. Nos escribimos un poquito.

R.M.: Nora también habla de puntos comunes con Camus y con Sartre.

M.L.: Y, sí, serían un poco mi base ideológica, y no sólo mía, creo que en gran medida de todos los que éramos jóvenes en aquel tiempo. Yo puedo criticarle a Sartre muchas cosas, pero básicamente soy sartreano, y por Camus tenía un afecto inmenso sin haberlo visto nunca, la única vez que estaba citado con él, no apareció. ¿Le cuento una anécdota? Cuando murió Camus –debía ser domingo porque los domingos leo el diario en la cama– y vino mi mujer a traerme el diario y dijo: “–Toma, pero hay una noticia muy mala para ti”. Noticias malas para uno puede haber veinte mil. Yo le contesté: “–Se ha muerto Camus”. Cómo ella de alguna manera me lo estaba comunicando, no sé, por qué acerté, por qué dije eso, no lo sé. Bueno... también le criticaría muchísimas cosas, como se las critico a Sartre, por otra parte, aunque yo estoy de acuerdo con él.

R.M.: De alguna manera, en su novela *Los inocentes*, ¿Luisito es un niño a quien la guerra le hace tomar conciencia del absurdo?

M.L.: Supongo que sí... no me acuerdo, voy a tener que leerla. Por lo que recuerdo de *Los inocentes* es una situación de soledad, sí, donde se junta la pubertad o primera adolescencia, cuando cualquier niño se encuentra solo, con esa situación tremenda de guerra. Si se logra reaccionar –eso es lo que me ocurrió a mí, por suerte– se entra en alguna actividad creativa.

R.M.: El final está cargado de pesimismo, aunque se esboza una esperanza para las generaciones futuras – *lo manifiestan el padre de Luisito y Prados* –, Luisito no sobrevive.

M.L.: Es la víctima inocente. Yo publiqué antes *Otros hombres*, pero en la cronología real, histórica, *Otros hombres* vendría después, serían los Luisito actuando diez años más tarde.

R.M.: Encuentran la respuesta.

M.L.: Encuentran la respuesta, sí a lo que se plantea, sólo que en mí fue más traumática la cuestión de la cárcel, y lo escribí primero... o lo tenía más cerca. El libro que acabo de escribir ahora es sobre mi llegada a Francia, a los campos de concentración franceses.

EL FINAL DEL EXILIO

R.M.: ¿Cuáles serían para usted las actitudes positivas y negativas de los intelectuales que se exiliaron?

M.L.: No sé a qué llamamos actitudes positivas y negativas, porque no se puede hacer mucho maniqueísmo en este asunto. La positiva –yo creo– es toda la labor que se ha podido hacer en el exilio, es decir, el seguir trabajando cada uno en su campo, no sólo literario, que es lo que más se conoce, por la trascendencia inmediata, sino en el científico, en todas las áreas. De los componentes del equipo Losada le he citado los dos hermanos Jiménez de Asúa, el uno en medicina y el otro en Derecho, son dos figuras importantes; le he nombrado a Lorenzo Luzuriaga en pedagogía...

R.M.: ¿Cuatrecasas?

M.L.: Cuatrecasas, aunque no estaba en Losada, era amigo de la casa, y sigue siéndolo; Francisco Ayala, que en aquel tiempo se ocu-

paba de sociología más que de literatura. El aporte de los exiliados fue hacer, como sea y donde sea, y eso es lo que han hecho. Al mismo tiempo, esto ha permitido también movilizar muchas potencialidades de los países donde han estado exiliados. La frecuentación con los intelectuales de los distintos países siempre produce más cosas. Lo negativo ha sido para España, que esa producción no estuviera en España. Por otra parte, en España no se podía hacer mucho tampoco, estaba todo aplastado por el régimen de Franco, por las censuras varias de esas instituciones modernas.

R.M.: Franco murió, el régimen derivó en democracia, cincuenta años han pasado desde el final de la contienda; sin embargo, uno de sus personajes, Luisito, dice que aunque la guerra terminara, la guerra iba a estar siempre dentro de cada español. ¿Es así? La guerra, la cárcel, ¿siguen vivas en Manuel Lamana? ¿Hasta qué punto?

M.L.: Yo me he analizado varios años. Hay una serie de cosas que desaparece, que se superan, pero hay otras que es mucho más difícil... Hace poco vi una película, *El beso de la mujer araña*... Yo salí de ver esa película y tenía una bronca tan terrible. Mientras fui viendo la película lo pasé bien o mal; tenía elementos estéticos muy lindos pero muy terribles al mismo tiempo, pero al salir... mi bronca era enorme. Y lo que más, lo que más me afectó es el momento de la detención, no podía... Entonces la guerra, siempre sale, esa vez fue el momento de mi detención, pero cualquier situación semejante a las vividas en la guerra, y vuelve a aparecer. Pareciera que están elaboradas; fue hace cincuenta años, y de vez en cuando, salen. Todavía.

R.M.: Francisco Ayala alguna vez habló de excesivo sentimentalismo alrededor del exilio y de la mistificación del exiliado. ¿Usted está de acuerdo?

M.L.: Excesivo no creo que sea excesivo nunca.

R.M.: ¿Y en que el exiliado adquiriera una aureola algo mítica frente a los que se quedaron?

M.L.: No el exiliado sino los exiliados en general, y todavía hay algunos que tienen esta actitud, a pesar de que en España haya cambiado el régimen, pueden volver si quieren, y si no quieren no; o no pueden volver por otras razones, pero no por razones políticas. Hay quienes siguen pensando que su actitud es la única válida, qué le vamos a hacer... es una incapacidad de salir de sí mismos, pero no creo que vaya más allá la cosa. Mire, el año pasado ha habido un chico, imagínese, es mayor que yo, así que no es tan chico, que ha venido de México y quería formar una Confederación de Asociaciones del Exilio, no sé... una cosa así. Todavía viven en el exilio, como si el exilio español fuera lo único que movilizara o moviera un poco sus vidas todavía.

R.M.: Los exiliados, y en particular los intelectuales, ¿tenían una preocupación especial, o incluso una obsesión por desentrañar los hechos que habían ocurrido en España?

M.L.: Yo creo que la actitud del exiliado es más nostálgica que creativa hacia el futuro, es la ley del exiliado en cualquier parte. Los que quieren actúan en las comisiones que se ocupan del país, pero creo que eso ocurría más en Francia, por la proximidad, o tal vez porque a la Argentina yo llegué más tarde.

R.M.: Los exiliados en Francia, ¿tenían contacto con los que entraban y salían de España?

M.L.: Tenían sobre todo porque desde que terminó la Guerra Mundial, el gobierno de España en el exilio estaba en París. Quienes se

ocupaban de nuestra documentación para que pudiéramos quedarnos en Francia era el gobierno en el exilio.

R.M.: Le hago una pregunta final, un poco tónica quizás: ¿qué idea tiene hoy de su propio exilio?

M.L.: A lo mejor, lo que le he estado diciendo del exilio en general es mi pensamiento y mi sentimiento: la nostalgia, por un lado; el querer hacer algo, cada uno como pueda. A lo mejor, lo que yo he hecho ha sido escribir unas novelas sobre problemas de España y hablar de España cuando he tenido ocasión.

La Plata, circa octubre de 1985